

que del otro lado de un puente roto se preparaba á disputarle el tránsito. Habian construido palizadas que las defendian del fuego de los españoles; pero el lago era tan somero, que los ginetes y los infantes pudieron echarse al agua, y los unos vadeando, y los otros á nado, en medio de una lluvia de proyectiles llegaron á tierra, á poca distancia de la ciudad. Allí se trabó un refido encuentro con los indios, los cuales huyeron á la ciudad, aunque algunos lo hicieron al campo descubierto, y estos fueron lanceados por la caballería: el grueso del ejército, perseguido por la infantería española, se internó en las calles y encrucijadas de la ciudad, sin oponer ya mayor resistencia. Cortés y unos pocos que lograron salir de aquel tumulto, permanecieron cerca de la entrada de la ciudad. Poco tiempo hacia que estaba allí, cuando fué atacado por un cuerpo de refresco, que habia llegado improvisamente á la ciudad por una calzada inmediata.

El general con su acostumbrada intrepidez les salió al encuentro con la esperanza de atajarlos en su marcha; pero le acompañaban muy pocos, por lo que en breves momentos se vió agobiado y envuelto por la multitud. Su caballo resbaló y cayó, y Cortés que antes de poder levantarse habia recibido un golpe en la cabeza, fué cogido y llevado en triunfo por los indios. En este momento crítico un tlaxcaltecatl que conoció el peligro inminente en

que se hallaba el general, saltó á manera de uno de los tigres de sus montañas nativas, y trató de libertarle de los garras de los enemigos. Dos pages de Cortés acudieron tambien en su ayuda, y por último, gracias á los esfuerzos de estos y del denodado tlaxcaltecatl, logró levantarse y salvarse de sus enemigos. Colocarse otra vez en la silla y blandir su bien templada lanza, todo fué obra de un momento. Prontamente acudieron otros españoles, y el resto que se habia alejado, percibiendo el fragor de las armas, se volvió tambien; con lo que los indios se vieron obligados á dejar la ciudad. Pero la caballería que venia de regreso, les cortó la retirada, y puestos así entre dos fuegos, quedaron enteramente despedazados, ó tuvieron para salvarse que arrojarse á las aguas del lago. <sup>1</sup>

Este fué el mayor peligro en que se habia visto la persona de Cortés: su vida estuvo en manos de los bárbaros, y la habria perdido indudablemente á no ser por el empeño que tuvieron en cojerle pri-

<sup>1</sup> Relac. Terc., pág. 226. Herrera ubi supra. Oviedo, ubi supra.

Así es como generalmente se refiere el lance; sin embargo de que Diaz cuenta que debió su salvacion el general á un tal Olea, castellano, ayudado de algunos tlaxcaltecas y que su defensor recibió tres buenas heridas. (Hist. de la conq., cap. 145.) Pero es un asunto en el que nadie debia estar mejor informado que el mismo Cortés, y que por otra parte no era fácil que se le olvidase. Seguramente el veterano confundió este lance con algun otro parecido que acaecería al general.

sionero; circunstancia á la cual debieron su salvacion muchos españoles. Cuentan que al dia siguiente se acordó del tlaxcaltecatl que tan arrojadamente habia acudido en su defensa, y que no sabiendo nada acerca de su paradero, atribuyó su salvacion á San Pedro.<sup>1</sup> Puede escusársele que haya presumido la intervencion de un ángel bueno, si se considera lo tremenda que era la suerte de los cautivos, y que en el presente caso, no debia tener grandes esperanzas de que fuesen mitigados sus tormentos. ¡Demasiado intrépido debe haber sido el corazon que, fuese el motivo que fuese, desafiaba voluntariamente semejante peligro! Pero sus compañeros hicieron tanto como él, y lo [que es mas, con menores recompensas.

La época de que vamos hablando pertenecia todavía á la edad sorprendente y novelesca de la caballería; á esa edad de que no podemos formarnos una idea en estos tiempos de practica y positiva realidad. El español con su nimio pundonor, sus romances heróicos y sus altivas y vanagloriosas bravatas, era el legítimo representante de aquella época. Los europeos, en general, todavía no se acostumbraban al ocio de la vida literaria, ni á la actividad

1 "Otro día buscó Cortés al indio que le socorrió, y muerto ni vivo no pareció; y Cortés por la devocion de San Pedro negó que él le habia ayudado." Herrera, Hist. General, dec. 3 lib. 1, cap. 8.

del comercio, ni la mansedumbre de la agricultura: estas ocupaciones se quedaban para el solitario y recluso monge, para el humilde aldeano y el miserable siervo. Las armas eran la única profesion digna de hombres de noble alcurnia, la única carrera en que podian entrar con honor los hidalgos bien nacidos y esforzados. El nuevo mundo ofrecia vasto teatro al ejercicio de esta vocacion, y el español la abrazó con todo el entusiasmo de un héroe de romance.

Otras naciones entraron tambien; pero por diferentes motivos. El francés mandaba allí sus misioneros para que, habitando entre los infieles, ganasen almas para el paraiso, y sobrellevasen ó aun buscasen para sí la corona del martirio. El holandés tenia tambien su mision, la del lucro terrenal, y encontraba sobrada recompensa de sus fatigas y peligros, en el ganancioso tráfico con los indios. Nuestros antepasados los puritanos, llevados de un espíritu verdaderamente anglo-sajon, abandonaban los placeres de la patria y se echaban al océano, para ir á buscar en desiertos espantosos, todas las dulzuras de la libertad civil y religiosa. Pero los españoles venian al Nuevo Mundo llevados de un espíritu de verdaderos caballeros errantes, en buscas de aventuras y peligros, como si este fuese su único objeto. Siempre estaban prontos á esgrimir la espada y

la lanza en defensa de la fé, y cuando daban el grito de "Santiago" se imaginaban estar militando bajo las banderas del apóstol en persona; y sentían que su brazo era igual al de cien hombres infieles. Era la hora en que espiraba la edad de la caballería; pero España, la romántica España, fué la tierra donde la luz alumbró por mas tiempo el horizonte.

Todavía no oscurecía cuando volvieron á entrar en la ciudad Cortés y los suyos. La primera providencia que tomó Cortés fué subir á un templo inmediato y desde allí reconocer el país. El espectáculo que se ofrecía á su vista habria aterrado á un corazón menos denodado que el suyo: la superficie del lago estaba plagada de canoas cargadas de indios, y la calzada de escuadrones que parecían encaminarse á la ciudad. En efecto, apenas supo Cuauhtemotzin la llegada de los blancos á Xochimilco, cuando envió un gran refuerzo en ayuda de la ciudad. Como dicho ejército estaba en marcha y distaba poco de Xochimilco, bien podia llegar allí antes de entrada la noche. <sup>1</sup>

Cortés hizo muchos preparativos para la defensa de sus cuarteles: situó partidas de gente armada de picas en los lugares por donde era mas probable

<sup>1</sup> "Por el agua á una muy grande flota de canoas que creo que pasaban de dos mil; y en ellas venían mas de doce mil hombres de guerra; é por la tierra llegó multitud de gente, que todos los campos cubrían." Relac. Terc., pág. 227.

que desembarcasen los indios: dobló los centinelas y, acompañado de los principales oficiales rondó el campamento toda la noche. A todos los motivos para estar en vela se añadía que los dardos de los ballesteros casi se habían acabado y los arqueros se ocupaban activamente en acomodar á las saetas, puntas de cobre de que tenía gran copia el ejército; por manera que aquella noche se durmió poco en el campamento. <sup>1</sup>

Pasóse sin que fuesen molestados los españoles. Aunque la noche no estaba nublada, pero sí oscura, y los centinelas, no obstante que nada veían, oyeron distintamente el rumor de muchos remos movidos en el agua, á poca distancia de la ribera. Pero los indios de las canoas no se atrevieron á desembarcar, recelosos ó tal vez sabedores de los preparativos hechos por los blancos para recibirles. Al primer albor del día, ya estaban sobre las armas y sin aguardar el movimiento de los españoles, invadieron la ciudad y los asaltaron en sus cuarteles.

Aquellos, reunidos en el atrio de uno de los templos, fueron cogidos con desventaja, porque las estrechas callejuelas de la ciudad y el resbaladizo lodo

<sup>1</sup> "Y acordóse que hubiese muy buena vela en todo nuestro real, repartida á los puertos é acequias por donde habían de venir á desembarcar; y los de á caballo muy á punto toda la noche ensillados y enfrenados, aguardando en la calzada y tierra firme, y todos los capitanes y Cortés con ellos, haciendo vela y ronda toda la noche." Bernal Diaz, cap. 145.

que cubria las calles, estorbaban los movimientos de la caballería. Pero Cortés formó á todos sus balles-teros y arcabuceros, y rompió un fuego tan sostenido y certero, que desconcertó las filas enemigas y las obligó á retroceder. La infantería con sus largas picas completó la derrota; y la caballería con sus lanzas dió alcance, por muchas leguas, á los azteca que se retiraban de la ciudad.

Sin embargo, los fugitives encontraron en su huida un refuerzo que venia á sócorrerles: se reunieron á él, volvieron caras contra los blancos, los cuales viéndose demasiado urgidos, apretaron á los caballos y á todo galope regresaron á la ciudad.

Todavía no habian andado mucho cuando encontraron el grueso del ejército que salia en su ayuda; reforzados de esta suerte, volvieron otra vez á la carga, pero ya las huestes enemigas venian á toda carrera con el ímpetu de un terremoto. Por un momento la victoria estuvo indecisa, pues la inmensa multitud se dispersó por acá y por acullá, en fuerza del choque, y subió al cielo un confuso rumor en el que estaban mezclados los aullidos de los salvages y el grito de guerra de los cristianos; grito que por la vez primera resonaba en aquellas riberas. Pero por último, el valor castellano, ó mejor dicho, las armas y la disciplina castellanias, quedaron triunfantes. El enemigo despedazado retrocedió, emprendiendo paso á paso una retirada que á poco se con-

virtió en una derrota; y los conquistadores hicieron tan espantosa carnicería en las fugitivas filas del enemigo, que este quedó escarmentado y no volvió á intentar otro ataque.

Los vencedores se encontraron, pues, dueños absolutos de la ciudad, rica de algodón, de oro, plumage y otros artículos de comodidad y de lujo, que ofrecieron rico botín á los soldados. Cuando mas ocupados estaban en el pillage, desembarcó parte de los indios de las canoas, hizo prisioneros á algunos españoles que andaban dispersos y cargados de botín. Esto produjo en las tropas una sensacion mayor que si hubiese perecido décuplo número en el campo de batalla. Era raro que un español se dejase coger vivo, y en la vez presente, solo una sorpresa pudo hacer que esto fuese así. Lleváronles á la capital y sacrificóseles en la forma ordinaria. Sus brazos y piernas fueron cortados de orden del feroz monarca azteca, y enviados á las capitales circunvecinas, con el aviso de que aquel mismo destino seria el de todos los enemigos de México. <sup>1</sup>

<sup>1</sup> Diaz que tiene una fé fácil, dice que les cortaban los miembros antes del sacrificio. "Mandó cortar piés y brazos á los tristes nuestros compañeros y las envía por muchos pueblos nuestros amigos de los que nos habian venido de paz, y les envía á decir que antes que volvamos á Tetzcoco, piense no quedará ninguno de nosotros á vida, y con los corazones y sangre hizo sacrificio á sus ídolos." (Hist. de la Conq., cap. 145.) Esto no

Por los prisioneros cogidos en la última batalla supo Cortés que las tropas que venían en ayuda de Xochimilco, solo eran una parte de las levantadas por Cuauhtemotzin; y que su plan era mandar destacamento tras de destacamento, hasta que los españoles, bien que saliesen victoriosos de cada uno de aquellos encuentros, tuviesen cada vez alguna pérdida, y por último sucumbiesen de consunción, vencidos, por decirlo así, por sus propias victorias.

Saqueada ya la población no pensó Cortés conveniente esperar nuevos ataques de los enemigos. Al cuarto día de haber llegado á ella, reunió todas sus tropas en una llanura inmediata. Muchos de los soldados venían agobiados con el botín; lo que causó gran disgusto al general: Díjoles, pues, que iban á emprender su marcha por una tierra que se había levantado toda en su contra, y que por lo tanto, para estar seguros debían aligerarse lo más que pudiesen: que la vista de tantos despojos debía exitar la codicia de los enemigos, los cuales se precipitarían sobre ellos como buitres hambrientos sobre su presa. Pero su elocuencia fué inútil, porque los soldados le dijeron descaradamente, que aquel era el fruto

es muy probable, porque los aztecas no eran como nuestros indios norte-americanos, que antes del sacrificio atormentan á sus enemigos, por mera crueldad; sino que los inmolaban conforme lo prevenía su ritual, porque para los aztecas un cautivo era una víctima religiosa.

de sus victorias al cual tenían un derecho indisputable, y que ellos que habían sabido ganarlo con su espada, sabrían defenderlo con ella.

Viéndoles tan firmes en su propósito, no procuró el general contrariar sus inclinaciones, pero mandó que los bagajes fuesen puestos en el centro, y los confió á unos cuantos ginetes: el resto de sus tropas lo repartió entre la vanguardia y la retaguardia, y como este último punto era el más peligroso, en él puso á los ballesteros y arcabuceros. Dispuestas las cosas de esta suerte, emprendió su marcha; pero antes puso fuego á las combustibles casas de Xochimilco, en represalia de la resistencia que en ella había encontrado.<sup>1</sup> Las llamas de la incendiada ciudad se levantaban á las nubes y esparcían hasta muy lejos su siniestro fulgor que se reflejaba en las aguas y anunciaba á los habitantes de aquellas riberas, que los seres predichos por sus oráculos habían bajado del cielo, semejantes á un fuego que todo lo consume. 3

1 "Y al cabo dejándola toda quemada y asolada nos partimos, y cierto era mucho para ver, porque tenía muchas casas y torres de sus ídolos, de cal y canto." Relacion Tercera, pág. 228.

2 Para otros pormenores acerca de las batallas de Xochimilco puede consultarse á Oviedo, ubi supra. Herrera ubi supra. Iztlilxochitl, venida de los españoles, pág. 18. Torquemada, Monarqu. Ind., lib. 4, caps. 87, 88. Bernal Díaz, cap. 45.

A las veces se descubria á lo lejos alguna partida de indios, pero que no se atrevia á atacar al ejército, el cual antes del medio dia llegó á Cojohuacan, gran ciudad, á dos leguas de Xochimilco. Es raro andar una distancia como esta sin encontrar una ciudad de gran tamaño, tal vez en otro tiempo capital de algun señorío independiente. Los habitantes, miembros de diferentes tribus, y que hablan á veces dialectos diferentes, pertenecian todos á la gran familia que vino de la verdadera ó imaginaria tierra de Aztlan, al N. O. Reunidas estas tribus cerca de lo que pudiera llamarse su mar alpino, continuaron despues de incorporadas en la monarquía azteca, alimentando un espíritu de rivalidad que produjo en ellas el mismo efecto que en las ciudades del Mediterráneo, en la edad del feudalismo: avivó sus facultades mentales, é hizo que el valle mexicano

La relacion que el *conquistador* hace de estos encuentros, no tiene toda la claridad acostumbrada, por la brevedad, tal vez. En la relacion de los otros escritores (aunque contemporáneos) hay mas confusion de la ordinaria; por manera que es imposible sacar una historia verdadera, de autoridades que están en contradiccion, no solo unas con las otras, sino aun consigo mismas. En todos tiempos ha sido raro que dos relaciones de una misma batalla coincidan en todos sus puntos; seguramente á causa de que la situacion de cada uno es limitada y diferente de la de los demas, y de que en medio del calor y confusion del combate es difícil observar fria y exactamente lo que pasa. Todo el que haya tratado con los que sobreviven se persuade de esto, y de que la verdad se puede ir á buscar á todas partes, excepto en los campos de batalla.

aventajase en civilizacion á todas las demas regiones de Anáhuac.

La ciudad á donde acababan de llegar los españoles habia sido abandonada por sus habitantes, y Cortés se detuvo en ella dos dias para dar descanso á sus tropas y atencion á sus heridos.<sup>1</sup> Este tiempo lo empleó en reconocer el terreno y en bajar acompañado de un fuerte destacamento, por la gran calzada que conduce de Cojohuacan á Ixtlapalapan. En el punto de interseccion, nombrado Xoloc, encontró una fortificacion tras la cual se habian atrincherado los mexicanos. Sus flechas causaron algun daño á los españoles en cuanto estos se pusieron á tiro, pero ellos siguieron de frente, no obs-

1 Este lugar notable por su belleza excesiva, fué despues de la conquista la residencia favorita de Cortés, el cual fundó allí \* un convento de monjas y mandó en su testamento que allí se enterrasen sus huesos, fuera cual fuere el lugar donde moria. "Que mis huesos los lleven á la mi villa de Coyoacan y allí, les den tierra en el monasterio de monjas que mando hacer y edificar, en la dicha villa." Testamento de Cortés, MS.

\* No se llegó á fundar este convento.—N. del T.

2 Esta, dice el arzobispo Lorenzana, que era la moderna *Calzada de la Piedad*. (Relac. Terc., pág. 229. nota.) Pero no es fácil conciliar esta opinion con el bien trabajado mapa del valle de México, de Humboldt. Una pequeña rama que en tiempo de los aztecas salia de esta ciudad, tocaba oblicuamente con la gran calzada meridional por donde la primera vez entraron los españoles en la capital. Como las aguas que en un tiempo bañaban enteramente la ciudad, se han retirado mucho, ha cambiado enteramente el aspecto del terreno; y bien que aun se conservan las principales calzadas, se han perdido los vestigios de las pequeñas.

tante las apretadas descargas de los indios, tomaron el parapeto y despues de una obstinada contienda, los arrojaron de su posicion. <sup>1</sup> Cortés avanzó un poco por la calzada de Ixtlapalapa; pero viendo que el otro extremo de ella estaba ocupado por multitud de guerreros, y no queriendo trabar encuentros inútiles, ni mucho menos estando casi agotadas sus municiones, se retiró á sus cuarteles.

Al dia siguiente continuó el ejército su marcha, tomando el camino de Tlacopan, cuya ciudad distaba de allí pocas leguas. En el tránsito recibieron alguna molestia de las partidas dispersas de indios, que al ver el riquísimo botin de que iban cargados, menudeaban sus ataques por los flancos y retaguardia. Cortés se vengó como en su primera expedicion, por medio de un estratagema, parecido á los que ellos acostumbraban; pero que fué menos feliz que el otro porque engolfado en el alcance cayó en una emboscada que á su vez le habian preparado los indios.

Y aun Cortés no igualaba á los indios en táctica maliciosa; pues en un solo momento fué envuelta la caballería y separada del resto del ejército español;

<sup>1</sup> "Y llegamos á una albarrada que tenian hecha en la calzada, y los peones començaronla á combatir, y aunque fué muy récia y hubo mucha resistencia, y hirieron diez españoles, al fin se la ganaron y mataron muchos de los enemigos, aunque los ballesteros y escopeteros quedaron sin pólvora y sin saetas." Ibidem, ubi supra.

pero asuzando á los alazanes y uniéndose todos para formar una columna cerrada, lograron romper por entre los tercios indios, y escapar de sus manos, escepto dos que quedaron en ellas. Eran los asistentes del general que le habian acompañado fielmente durante toda la campaña, por lo que su pérdida le causó gran pena, la que aumentaba considerablemente por la consideracion del trágico y cruento destino que les aguardaba. Cuando el puñado de caballeros se reunió con el resto del ejército que inquieto por su tardanza habia hecho alto á las goteras de Tlacopan, quedaron asombrados los soldados al ver el abatido semblante de su comandante, el cual no pudo reprimir su emocion. <sup>1</sup>

Todavía estaba alto el sol cuando entraron los españoles en la antigua capital de los tepanecas. El primer cuidado de Cortés fué subir á la cima del *teocalli* mayor y desde allí reconocer los alrededores. Era aquel un magnífico punto de vista desde el cual se dominaba la capital que solo distaba una legua. Acompañaban á Cortés, Alderete y otros varios hidalgos de los que últimamente habian abrazado sus banderas. El espectáculo era enteramente nuevo para ellos, y al ver la magnífica ciudad cercada de su anchurosa laguna cubierta de.

<sup>1</sup> "Y estando en esto viene Cortés con el cual nos alegramos, puesto que él venia muy triste y como lloroso." Berna Diaz, cap. 145.

canoas, cargadas las unas de frutos para el mercado de Tenochtitlan y las otras de guerreros, quedaron admirados de tanta actividad y movimiento, y confesaron que solo la mano de la Providencia habia podido sacar incólumes á sus campatriotas, del corazon de tan poderoso imperio. <sup>1</sup>

Entre aquella asombrada reunion, solamente Cortés tenia un sombrío entrecejo, y uno que otro suspiro que de vez en cuando se escapaba de su seno revelaba la tristeza de sus pensamietos. «Consolaos,» le dijo uno de sus caballeros, deseando consolarlo á su manera tosca y marcial; «consolaos y no tomeis tan á pecho esas cosas, que viéndolo bien esta es la guerra.» La respuesta del general manifiesta el carácter de sus meditaciones. «Ya veis cuantas veces he enviado á México á rogales de paz, y la tristeza no la tengo por una sola cosa, sino en pensar en los grandes trabajos en que nos hemos de ver hasta tornar á señorear, pero

1 «Pues cuando vieron la gran ciudad de México y la laguna, y tanta multitud de canoas que unas iban cargadas con bastimentos, y otras iban á pescar y otras baldias, mucho mas se espantaron porque no las habian visto hasta en aquella sazón y dijeron que nuestra venida en esta Nueva-España, que no eran cosas de hombres humanos, sino que la gran misericordia de Dios era quien nos sostenia.» Ibid, ubi supra.

2 «En este instante suspiró Cortés con una muy grande tristeza, muy mayor que la que de antes traia.» Ibid loco citato.

con la ayuda de Dios pronto lo pondremos por la obra. <sup>1</sup>

No se puede dudar que Cortés, lo mismo que cualquiera otro del ejército, conocia que estaba militando en una santa cruzada, y que, independientemente de toda consideracion mundanal, no podia servir mejor á Dios que plantando la Cruz en las torres salpicadas de sangre, de la metrópoli azteca. Pero era natural que sintiese alguna aficcion al ver aquel soberbio espectáculo y al pensar en la próxima tempestad y en que aquellos ricos pimpollos de la civilizacion iban á ser dentro de breve marchitados y desbaratados por el violento soplo de la guerra. ¡Magnífico espectáculo el del gran conquistador deplorando á sus solas la devastacion que amenazaba á aquella tierra! Parece que verle de esta suerte produjo una fuerte impresion en sus soldados poco acostumbrados á descubrir en él semejantes pruebas de sensibilidad. Esto prestó asunto para algunos «romances,» ó cantos nacionales con que los copleros castellanos de los tiempos antiguos acostumbraban recordar á los héroes favoritos de su pais, y los cuales siendo un intermedio entre las tradiciones orales y las crónicas, han sido

1 Ibid, ubi supra.



una memoria tan imperecedera como las crónicas mismas.<sup>1</sup>

Tlacopan era el punto adonde Cortés había llegado en su primera expedición, al Norte del valle; por consiguiente había ya completado la vuelta al rededor del gran lago, reconociendo las diferentes entradas de la capital y visto por sus propios ojos los preparativos de defensa hechos por el enemigo. No juzgó oportuno detenerse en Tlacopan, porque en su proximidad á México habría podido acarrear el levantamiento de toda la belicosa población de la primera de estas ciudades.

Al día siguiente, muy de mañana volvió á emprender la marcha tomando el camino que en su primera expedición, al norte de los lagos pequeños. Molestáronle menos los enemigos que en las ocasiones anteriores, lo que en parte era debido probablemente, al tiempo que estaba muy tempestuoso. Los soldados con sus vestidos pesados á fuerza de mojarse, pasaron con dificultad por angostos caminos recorridos por un torrente. Una ocasión, se

1. Díaz trae las primeras redondillas del romance, que no he podido encontrar en ninguno de los romanceros impresos:

“En Tacuba está Cortés  
Con su escuadron esforzado:  
Triste estaba y muy penoso,  
Triste y con gran cuidado,  
La una mano en la mejilla  
Y la otra en el costado.” etc.

gun nos refiere el militar cronista, descuidaron los oficiales de hacer la ronda nocturna y los centinelas de montar guardia, fiados en la furia de la tempestad; sin embargo de que lo sucedido con Narvaz debiera haberles enseñado á no fiarse en los elementos.

En Atcolman, en el territorio acolhua, se reunieron con Sandoval, con el cacique de Tetzcoco y con algunos otros hidalgos entre los cuales había varios recién llegados de las Islas. Abrazaron cordialmente á sus camaradas, y les comunicaron la noticia de que ya estaba completo el canal y que los bergantines que ya tenían su jarcia y veláman, estaban listos para ser votados en el agua. Por lo tanto ya no había razón de demorar las hostilidades contra México. Después de tan satisfactoria bienvenida, Cortés y sus legiones vencedoras, entraron por última vez en la capital acolhua, después de gastar tres semanas completas en dar la vuelta á todo el valle.